

Temporada 2025/2026 de la OBS Orquesta Residente del Espacio Turina

Los sueños de Eneas

Una idea original de la Orquesta Barroca de Sevilla
para el Festival Espurnes Barroques
en coproducción con su Temporada en Sevilla

Rocío Faus, soprano
ORQUESTA BARROCA DE SEVILLA
Martyna Pastuszka, violín y dirección
artista en residencia 2025/2026

¿Qué tiempo vivimos? ¿Cuál es ahora nuestro lugar aquí? ¿Qué caminos se abren ante nosotros? Son tantas las incertidumbres que hoy nos asaltan que no resulta fácil encontrar una respuesta. Cada una de ellas es una pregunta radical sobre nuestra forma de vida, sobre las ideas en que hemos asentado nuestra existencia, sobre las seguridades que nos han permitido avanzar hasta aquí. Llegamos a una encrucijada en que se nos reclama un paso adelante y sólo parece extenderse la bruma ante nuestros ojos. Palabras como igualdad, diferencia, derecho, comunidad, conservación, progreso o futuro se levantan como enormes interrogantes que amenazan con paralizarnos.

En la búsqueda de respuestas, el pasado y su tradición se constituyeron desde antiguo como un acervo de reflexiones valiosas. Se conservaron con celo de generación en generación, y hoy se nos ofrecen como una multitud de voces dispuestas a hacernos llegar sus respuestas; también, en ocasiones, simplemente para otorgar dignidad a algunas de esas preguntas más acuciantes. Lo hacen hablando lenguajes muy diversos que se forjaron en la mente de hombres clarividentes para dar a esos lenguajes la capacidad de hablar al futuro. La retórica musical del barroco fue uno de esos lenguajes, de ahí que hoy siga siendo un instrumento valioso para encarar el presente y hacerlo más humano. La lengua latina, detenida en su perfección, también supo hacerse inmortal de la misma manera. En este espectáculo queremos aunar estos dos modos de expresión invitando a encarar los problemas que nos asaltan en compañía de algunas de esas voces que nos precedieron.

Puede decirse que las primeras de ellas surgieron en Grecia. Homero imaginó por boca de Penélope un mundo del más allá en los infiernos del que procedían las imágenes que dan contenido a nuestra imaginación. Llegaban hasta nosotros atravesando dos puertas diferentes: una de cuerno, destinada a las visiones veraces, y otra de marfil, de la que recibimos las falsas. Ése es el dilema humano, y es ésa la encrucijada que nos interpela aquí y ahora: ¿cuál es el camino? Virgilio en su *Eneida*, siglos después, volvió sobre el mito y lo renovó. De su mano ofrecemos un recorrido por los sueños de su héroe, Eneas, que, en manos del destino, y dejando atrás su Troya en ruinas, hubo de perseguir con ahínco un mundo mejor para sí y los suyos. Se trata de la eterna búsqueda de un paraíso, ésa que nos ha hecho más humanos en nuestro caminar desde el principio por toda clase de dificultades.

Siguiendo, pues, los sueños que asisten a Eneas en su viaje, proponemos un recorrido por esta búsqueda del paraíso perdido, nuestras Troyas particulares asaltadas y destruidas a las que ansiamos volver. Cada uno de estos sueños se ilumina por piezas musicales que evocan esa búsqueda con sus angustias y felicidades, de manera que compongan un espacio de reflexión para el presente. Como presentación, acudimos a la evocación de ese mundo soñado a través de la recreación que Miguel de Cervantes hizo de ella. Se trata de la Edad que los antiguos llamaron de Oro y que don Quijote, soñador por excelencia, describió a unos cabreros que compartían la comida con él y con su escudero.

La música nunca fue ajena a este sueño y colaboró con su lenguaje en dibujar los mundos soñados que cada época acertó a imaginar. El universo barroco se proyectó así en el glorioso pasado grecolatino, pero también en el Nuevo Mundo americano de las Indias paradisíacas o en el ambiente idealizado de lo pastoral, o incluso, por un camino que la literatura aún tardaría en explorar, en el refugio ensimismado y abstracto de sus propias arquitecturas, construyendo paraísos, o castillos celestiales –en palabras de J.E. Gardiner– que trascendiesen las limitaciones de la experiencia humana. Para ilustrar el discurso de los textos proponemos piezas que permiten seguir este recorrido, con caracteres diversos y de la mano de autores con distintas tradiciones culturales. Entre ellas están las trisonatas de Jean-Féry Rebel, dedicadas a la figuración de las divinidades romanas, *La Pallas*, *L' Apollon*, *La Venus* o *L'Immortelle*; la evocación del paraíso pastoril en la cantata *Entre cándidos, bellos accidentes*, de José de Nebra; o la apelación encendida al ejercicio de la voluntad, en el aria *Arde el furor intrépido* de Juan Francés de Iribarren, entre otras.

Prólogo. La Edad de Oro

Resulta común a las culturas que nos han transmitido testimonio de sus creencias haber reservado un lugar a la descripción de un pasado dichoso, desgraciadamente perdido. Parece ser inherente a nuestra condición soñar con algún tiempo o lugar donde la felicidad podía ser posible sin reservas. La tradición occidental está llena de referencias a lo que llamamos la Edad de Oro, aunque encontramos relatos parecidos en otras culturas de Oriente próximo, China, India y América. Hesíodo, Platón, Virgilio, Séneca u Ovidio son nuestras fuentes más antiguas. De ahí pasó a las literaturas nacionales a través de la Edad Media y el Renacimiento. Cervantes

la incluye entre las ensoñaciones de Don Quijote, quien recoge sus elementos principales: la ausencia del dinero, la violencia, el engaño, el lujo y la avaricia, un clima bonancible, una naturaleza generosa que ofrece sus frutos sin tener que trabajarla, y el imperio espontáneo de la justicia y la ley.

Cabe preguntarse cuál es nuestra Edad de Oro, cómo deberíamos imaginarla. O incluso más allá, ¿tiene valor para nosotros aún este sueño?, ¿nos empuja a la consecución de un mundo mejor, o, por el contrario, corre sobre nuestros ojos un velo de idealidad que nos impide encarar los problemas? Todas estas cuestiones están en la raíz del mito, y sean cuales sean las respuestas que les demos, no cabe duda de que la formulación del mito nace de los mismos problemas que hoy tratamos de afrontar.

Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, I, 11.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia.

Los sueños de Eneas

En el poema de Virgilio, Eneas se ve empujado por el destino y la voluntad de los dioses a buscar una nueva tierra. Sale de Troya en compañía de los suyos y sufre todo tipo de peripecias hasta llegar a Italia, donde se asentará finalmente para dar origen a la estirpe de Roma. A lo largo de sus aventuras surgen las dudas, pero en sueños él recibe señales de cuál es el destino que debe perseguir.

En el mundo antiguo, los sueños, como el trance de la muerte, son un espacio particularmente sensible para el conocimiento: a través de ellos podemos tener acceso a lo que comúnmente nos está vedado. La sucesión de sus sueños permite de esta manera seguir el recorrido de las advertencias que recibe el héroe para discernir su camino. Sin embargo, en una lectura más

general, cada uno de ellos supone también el acercamiento a algunas de las encrucijadas que jalonan la existencia humana.

El sueño de Héctor (2, 268-280) | El fracaso de la derrota

Héctor personifica la derrota más triste, la más memorable y la más llorada; la más excelsa también. Por eso precisamente se constituye en ejemplo para todas ellas, ninguna se le puede igualar. Su función narrativa es la de empujar a Eneas adelante con el recuerdo de lo que queda atrás. Tras la mayor de las desgracias no hay lugar para el lamento, sólo el camino por recorrer; la derrota es únicamente una luz que ilumina el porvenir.

*Era el tiempo en que el descanso primero para los hombres cansados
empieza y por un regalo de los dioses se nos presenta gratísimo.
En sueños, de súbito, ante mis ojos un tristísimo Héctor
pareció que se me presentaba y derramaba muchas lágrimas,
como cuando fue arrebatado por las bigas, negro
por el polvo cruento y con sus pies tumefactos atravesados por una correa.
¡Ay de mí, cómo estaba, cuán cambiado de aquel
Héctor que volvió revestido con los despojos de Aquiles
o que lanzó fuegos frigios a las popas de los dánaos!
Llevando la barba descuidada y el cabello cuajado por la sangre
y aquellas heridas, de las que la mayoría alrededor de los muros
patrios recibió. Además, parecía que yo mismo, llorando,
llamaba al héroe y emitía tristes voces.*

El sueño de los Penates en Creta (3, 147-160) | El valor del pasado

Los penates son divinidades del hogar que aseguran el mantenimiento de la familia. Son el pasado que viene a interpelarnos, nos ligan a él y a una historia de la que somos parte. Y de la misma manera que proceden del pasado afirman la continuidad brindándonos una perspectiva de futuro, haciéndonos protagonistas de nuestra historia, pero también responsables de ella. Ése es el mensaje que transmiten a Eneas: estamos contigo para auxiliarte como garantes de tu destino.

De la misma manera que los penates, hoy los versos de Virgilio vienen subrayar nuestra responsabilidad hacia el presente.

*Noche era y en las tierras el sueño se adueñaba de los animales:
las sagradas efigies de los dioses y los frigios Penates,
que conmigo de Troya y de en medio de los fuegos de la ciudad
había sacado, parecieron estar erguidos ante mis ojos yacientes
en sueños, manifiestos por la mucha luz, con la que
la luna llena se derramaba por las abiertas ventanas;
Entonces, así hablaban y con estas palabras quitaban mis preocupaciones:*

*«Lo que Apolo te iba a decir si te dirigieras a Ortigia,
aquí te lo canta y a tus umbrales, además, he aquí, nos envía.
Nosotros te seguimos a ti, incendiada Dardania, y a tus armas;
nosotros bajo tu mando hemos recorrido el mar hinchado con las naves,
nosotros mismos levantaremos a los astros a los nietos que llegarán
y daremos el imperio a tu ciudad. Tú, prepara grandes murallas
para un pueblo grande y no cejes en el enorme esfuerzo de tu huida.*

El sueño de Tiberino (8, 26-41) | La naturaleza que nos habla

Es por último la naturaleza, a través del espíritu del río Tíber, quien habla a Eneas y le infunde ánimos para que reconozca el lugar que le brinda como su casa. No hay destino, viene a decir, sin la comunión con la tierra que te acoge. Ella te ofrece un lugar seguro a salvo de las amenazas que te acechan, la guerra, la adversidad. El agua, en la personificación del río, se erige así en símbolo de la vida que nos sostiene.

*Era la noche y un profundo sopor se había apoderado
por las tierras todas de los animales cansados, las aves, los ganados,
cuando el padre en la ribera bajo la bóveda del éter helado,
Eneas, turbado su pecho por una triste guerra,
se acostó y concedió a sus miembros el descanso del atardecer.
Le pareció que el propio dios del lugar, Tiberino
de amena corriente, como un anciano, se alzaba entre las hojas
de los álamos (leve de glauco manto lo cubría
y su cabello umbrosa caña lo coronaba);
y así le hablaba luego y borraba sus cuitas con estas palabras:
«Oh, de una raza de dioses engendrado, que de los enemigos
nos rescatas la troyana ciudad y salvas la Pérgamo eterna,
esperado en el suelo laurente y en los predios latinos:
esta será tu casa segura, tus seguros Penates (no te rindas).
Ni te asusten amenazas de guerra; abajo se vinieron
todo el enojo de los dioses y sus iras.*